

Scholar@UPRM

Caña, café y tabaco en tres novelas de Enrique A. Laguerre: Su realidad social

Item Type	Essay
Publisher	Centro de Publicaciones Académicas, Facultad de Artes y Ciencias, Universidad de Puerto Rico en Mayagüez
Download date	2025-05-21 21:58:08
Link to Item	https://hdl.handle.net/20.500.11801/3119

CAÑA, CAFÉ Y TABACO EN TRES NOVELAS DE ENRIQUE A. LAGUERRE: SU REALIDAD SOCIAL

Roberto Fernández Valledor

La responsabilidad del escritor es comprometerse con la sustancia significativa de la vida de un país. Contribuirá a mantener el diálogo vivo, la correspondencia cordial, la convivencia cálida, inmerso en las experiencias vitales de su país, que son espejos de las experiencias vitales del universo.

Afirmo categóricamente que el escritor puertorriqueño debe sentirse comprometido con la idea de preservar sentimientos y razones de patria, sin aberraciones nacionalistas.

Enrique A. Laguerre

Introducción

La literatura no es sólo la expresión lingüística o artística de un pueblo, sino la plasmación de su realidad socio-cultural y de su idiosincrasia colectiva. En ella percibimos una serie de matices existenciales que la historia, en su rigurosidad documental, no recoge. Sería imposible comprender la Roma Imperial, asegura don Marcelino Menéndez y Pelayo, sin la novela de Petronio, aunque Tácito se hubiese conservado íntegro. También reconoce este erudito polígrafo español el valor histórico de la obra del Arcipreste de Hita como complemento al cuadro de la sociedad española que las crónicas y los fueros comenzaron a pintar.¹ Nilita Vientós, a propósi-

¹ Marcelino Menéndez y Pelayo. *Antología de poetas líricos castellanos* (Consejo Superior de Investigaciones Científicas: Santander, 1944), 258.

to de una novela de Laguerre, sostiene que la recreación del mundo real que hace el novelista es imprescindible para conocer el acontecer histórico:

Es el pintor de la sociedad de su tiempo [el novelista], el que ve y salva con su visión insobornable, lo que la caracteriza. Por eso aprendemos más a través de las páginas de la novela del modo de vivir y sentir de la gente de la época en que al autor le tocó en suerte vivir, que de la relación de acontecimientos del historiador.²

Enrique A. Laguerre ha presentado en su novelística uno de los cuadros histórico-sociales más completos de Puerto Rico. En sus páginas se describe la vida puertorriqueña desde el siglo XVIII, cuando ya se atisba la conciencia de criollidad, hasta nuestros días, en el ocaso del siglo XX. Desfilan por su obra: figuras y acontecimientos históricos, realidades sociales y opiniones colectivas, el vivir cotidiano y elementos del folclor insular, entre muchos aspectos de nuestras vivencias como pueblo. Este escritor se ha preocupado, en sus palabras, de leudar la historia para que el pueblo la perciba como suya, en su circunstancia vital. Dice: "Pensé que venía obligado a corresponderle [a doña Concha Meléndez] creando el mito de nuestra historia en la novela, que tanta falta hacía a nuestra expresión colectiva. Posteriormente ella ha hecho referencia a la presencia de los símbolos y los mitos que en mi narrativa leudan la masa de la historia patria".³ Y lo ha cumplido elaborando la mitología de lo histórico, lo social y lo cultural puertorriqueño en sus catorce novelas.

A partir de los años cuarenta, la sociedad puertorriqueña ha sufrido unos cambios drásticos y vertiginosos. El maravilloso lente fotográfico de Jack Délano lo ha demostrado gráficamente. Asimismo pasa con la narrativa laguerriana, en ella han quedado aprisionadas las transformaciones históricas, sociales, políticas, económicas y culturales de nuestra Isla, en las cuales percibimos el devenir puertorriqueño. Para muchos lectores actuales, la realidad socio-económica que se describe en *La llamarada*, por ejemplo, resulta completamente desconocida. Entonces había unas cincuenta centrales azucareras, actualmente funcionan a duras penas un par de ellas. En aquel tiempo todo giraba en torno a la caña, hoy son escasos los jóvenes que la han visto, y menos comido, pues en el Puerto Rico actual, la industrialización desplazó la agricultura. La transformación de una economía agraria por otra industrial, ha hecho que en

² Nilita Vientós Gastón. "Una novela de Laguerre: *La ceiba en el tiesto*", *Índice cultural* (Editorial Universitaria: Río Piedras, 1962)I, 242.

³ Enrique A. Laguerre. *Polos de la cultura iberoamericana* (Florentia Publishers, Inc: Boston, 1977) 12.

la actualidad se desconozca la realidad social, económica y cultural que prevaleció en la vida del puertorriqueño durante muchos años, la cual promovió un estilo de vida nacional.

Durante siglos, la agricultura fue en la Isla el medio de subsistir por excelencia. En el año 1879 escribía Salvador Brau: “Dejemos sentado ya, y no caben dudas sobre este punto, que la base de nuestra riqueza estriba en la agricultura: son sus productos principales el azúcar, miel, café, tabaco y aguardiente”.⁴ Y en torno a estos tres productos agrícolas: la caña, el café y el tabaco, no sólo se desarrolló la economía y la vida del puertorriqueño, sino que, además, se desarrolló la cultura.

La sociología nos habla de las culturas del arroz, del maíz, del trigo o de la yuca, ya que los pueblos hacían sus vidas en torno a los productos que cultivaban. En gran medida el circunscribir sus actividades al ritual agrícola determinó un tipo de comportamiento, unas creencias, unos valores... que distinguieron la particular forma de ser de las personas que los vivían. En Puerto Rico, por ejemplo, se ha visto un contraste bien definido entre los puertorriqueños de la costa, donde predominó el sembradío de caña, y el puertorriqueño del interior que cultivaba café y tabaco. Eugenio Fernández Méndez describe cómo el subsistir de estas cosechas va gestando dos realidades socio-culturales diferentes:

Al compás del progreso comercial florecía en el litoral y la serranía boricua el sistema de haciendas azucareras y cafetaleras creándose de consumo con su implantación un nuevo orden social, caracterizado en la zona costanera del azúcar —entre visiones de mar añil, cañaverales e ingenios— por una jerarquía de tres clases: los hacendados o señores de ingenio, los esclavos y los jornaleros, o proletarios asalariados; y en la húmeda serranía, rodeada la casa solariega del feudo por los espesos cafetales, los padres del agregado y los agregados —gestando entre décimas y rosarios cantaos— una especial cultura de plástico tropicalismo y compadrazgo.⁵

Laguerre ve unas diferencias fisionómicas entre los puertorriqueños que viven en el litoral y los del centro de la Isla: “Es patente en el campesino del interior de la isla el predominio fisionómico español... El mestizaje triple es más evidente en la costa”.⁶ Esta misma idea la

⁴ Salvador Brau. *Disquisiciones sociológicas y otros ensayos* (Instituto de Literatura, UPR: Río Piedras, 1956) 156.

⁵ Eugenio Fernández Méndez. *Historia cultural de Puerto Rico: 1493-1968* (Ediciones El Cemí: San Juan, 1971) 214. Más adelante, en las páginas 217-221, amplía el autor lo expuesto en este párrafo.

⁶ Enrique A. Laguerre y Esther M. Melón. “El jíbaro de Puerto Rico: Símbolo y figura”, *Colecciones puertorriqueñas* (Troutman Press: Connecticut, 1972) ix.

plantea José Luis González en su novela *Balada de otro tiempo*, que describe “la coexistencia en Puerto Rico de dos mundos distintos e incluso contrapuestos: el de la montaña y el de la costa”.⁷ Idea que también sustenta Antonio S. Pedreira.⁸

Podríamos dividir las novelas de Laguerre en dos núcleos: las novelas de la tierra y las de la ciudad. Sin embargo, en todas ellas el denominador común es la vuelta a la tierra.⁹ No es que la circunstancia vital del novelista se imponga, porque él mismo haya nacido y convivido en el campo, sino porque conoce muy bien la importancia, tanto económica como ontológica que tiene la tierra para el puertorriqueño, pues se ha identificado al jíbaro con la esencia y alma de esta Isla. Nunca antes de la generación del treinta, según Zayas Micheli, “se había elevado lo jíbaro como el gran mito de la nacionalidad”.¹⁰ Considera Pedreira que el auge alcanzado por el jíbaro en esta época se debe a que se vio en él la personalidad colectiva del puertorriqueño, ya que encarna el anhelo de definición nacional, y al indagar en él nos “buscamos a nosotros mismos”, ya que “en cada puertorriqueño hay escondido un jíbaro, y no importa que viva en los campos o en los pueblos, tiene los rasgos fundamentales que distinguen al legítimo criollo”.¹¹ Y para Ricardo Alegría nuestro campesino está ligado al café y es “el representante más auténtico del hombre puertorriqueño, cantera de dignidad y esperanza a la que hemos recurrido en los momentos más críticos de nuestra vida nacional...”.¹² Tiene razón Zayas Micheli cuando afirma que Laguerre “comparte

⁷ Arcadio Díaz Quiñones. *Conversación con José Luis González* (Ediciones Huracán: Río Piedras, 1977) 56. Continúa González: “El interés en ese tema entroncaba directamente con la problemática expresada en la dedicatoria de *El hombre en la calle*. Yo siempre había pensado que el Puerto Rico más vigente, en un sentido histórico, no era el Puerto Rico campesino de la montaña, sino el Puerto Rico urbano y semiurbano de la costa. Allí era donde se estaba haciendo la historia presente del país, y allí era donde se haría, inevitablemente, la historia futura”.

⁸ Dice Pedreira: “Las zonas cañeras, tabacaleras, cafeteras y fruterías diferencian distintamente a sus moradores de acuerdo a las tareas a que se entregan”. “La actualidad del jíbaro”, *Obras de Antonio S. Pedreira* (Instituto de Cultura Puertorriqueña: San Juan, 1970) I, 664.

⁹ Olga Casanova Sánchez afirma que: “El tema del regreso a la tierra persiste en todas sus novelas: los personajes laguerrianos siempre retornan al lar nativo para lograr la redención de su espíritu puertorriqueño”. *La crítica social en la novelística de Enrique A. Laguerre* (Editorial Cultural: Río Piedras, 1975) 167-168.

¹⁰ Luis Zayas Micheli. *Lo universal en Enrique A. Laguerre* (Editorial Cultural: Río Piedras, 1974) 91.

¹¹ Antonio S. Pedreira. “La actualidad del jíbaro”, I, 660-661, 665-666.

¹² Ricardo Alegría. *El café en la literatura puertorriqueña* (Instituto de Cultura Puertorriqueña: San Juan, 1965) 9.

con sus congeneracionistas que lo jíbaro es la manera de ser nacional del puertorriqueño y que en su narrativa el jíbaro se presenta como mito de la nacionalidad”.¹³

He seleccionado tres novelas del llamado ciclo nacional¹⁴ por Zayas Micheli: *La llamarada* (1935), *Solar Montoya* (1941) y *Los dedos de la mano* (1951),¹⁵ porque nos presentan el trasmundo, prácticamente extinto en la actualidad, de la caña, el café y el tabaco. Los textos narrativos lo recuperan con la crudeza de su realidad social y en ellos se puede apreciar la mitologización y la denuncia social que hace el novelista de esta época.

La caña

Desde las dos primeras décadas del siglo XIX hasta aproximadamente el año 1880, el azúcar constituyó el principal producto agrícola de Puerto Rico. De hecho, la producción de 1870 colocó a la Isla entre los exportadores más importantes, ya que alcanzó el siete por ciento de la producción de azúcar de caña en el mercado mundial.¹⁶ Sin embargo, en la última década y media finisecular se produce el gran auge del café, cuyo volumen de producción aumenta rápidamente,¹⁷ lo cual opaca la siembra de caña.

El 1898 significó un drástico cambio económico agrícola en la Isla, pues el inicio del dominio político estadounidense en Puerto Rico significó la conversión de una economía de hacienda por otra de plantación, y la producción azucarera acaparó de tal forma la

¹³ L. Zayas Micheli. *Lo universal en Enrique A. Laguerre*, 85, 91.

¹⁴ L. Zayas Micheli. *Lo universal en Enrique A. Laguerre*, 228-229.

¹⁵ Estas obras siguen las líneas trazadas por una serie de novelas puertorriqueñas que plantean la lucha y las adversidades de los obreros agrícolas, entre las que sobresalen: *La charca* (1885) y *Garduña* (1896) de Manuel Zeno Gandía; *La primera cría* (1892), *Carmela* (1903) y *Gestación* (1905) de Matías González García; *El calvario de un obrero* (1905) de Juan P. Terreforte; *Magdalena* (1908) de Santiago Valle Vélez; *Tierra adentro* (1911) y *La gleba* (1912) de Ramón Juliá Marín; *Esposa infiel* (1912) de Eladio Ayala Moura; *Flor del cafeto* (1936) de Rafael A. Gatell.

¹⁶ Andrés Ramos Mattei. “El liberto en el régimen de trabajo azucarero de Puerto Rico, 1870-1880”, *Azúcar y esclavitud* (Come-Set Type: San Juan, 1982) 93. Del año 1812 al 1820 existe una mayor producción de café en Puerto Rico, la cual es sólo superada por la caña en el año 1814. A partir de 1824 hay una mayor producción de azúcar y se incrementa su exportación; el café estaba por debajo de este producto. Francisco A. Scarano. “Azúcar y esclavitud en Puerto Rico: La formación de la economía de hacienda en Ponce, 1815-1849”, *Azúcar y esclavitud*, 15, 18, 20-21, 26, 56.

¹⁷ Fernando Picó. *Amargo café* (Huracán: Río Piedras, 1981) 30, 31.

producción que acabaría por destruir la industria cafetalera. En el orden social esto trajo como consecuencia una radical transformación en los patrones culturales puertorriqueños. El café representaba el producto agrícola de mayor importancia en la exportación a fines del siglo XIX,¹⁸ pero los intereses norteamericanos están en el azúcar y, como recalca Ángel Quintero Rivera, la política económica de los primeros gobernadores estaba dirigida a proteger esta industria y la del tabaco.¹⁹ En julio de 1901 se incluyó a la Isla dentro de la estructura tarifaria de los Estados Unidos, lo cual equivalía a que el azúcar puertorriqueña se pagaría a precio de los azúcares domésticos, cuyo costo era más alto que el del azúcar extranjero, además, no pagaría aranceles.²⁰ Esto beneficiaba económicamente a los cosecheros de caña y contribuyó al desarrollo desmedido de la industria azucarera en Puerto Rico.

Tras el cambio de soberanía, las grandes corporaciones azucareras se dedican a comprar extensos predios de terrenos para dedicarlos a la siembra de caña, no empece el hecho de que en la Isla, desde el año 1900, regía una ley del Congreso que les prohibía poseer más de quinientos acres,²¹ pero la misma no fijaba penalidades a sus violadores, por lo tanto, no se respetaba. No será hasta el año 1941 que la misma se pone en vigor.²²

¹⁸ Andrés Ramos Mattei. *La hacienda azucarera. Su crecimiento y crisis en Puerto Rico (siglo XIX)* (CEREP: San Juan, 1981) 19-39; Andrés Sánchez Tarniella. *La economía de Puerto Rico: Etapas en su desarrollo* (Boriken Libros: Hato Rey, 1983) 73; Guillermo A. Baralt. *Yauco o las minas de oro cafetaleras (1756-1898)* (sd: 1983) 15.

¹⁹ Ángel Quintero Rivera. *Conflictos de clase y política en Puerto Rico* (Ediciones Huracán: Río Piedras, 1981) 112.

²⁰ Carlos Roca Rossell. *Historia de las relaciones obrero-patronales en la industria azucarera de Puerto Rico* (Tesis, Universidad de Puerto Rico: Río Piedras, diciembre de 1967) 15.

²¹ Raymond E. Crist. *Sugar Cane and Coffe in Puerto Rico* (College Park: University of Maryland, 1948) 11. El 1 de mayo de 1900, el Congreso de los Estados Unidos aprobó la Resolución Conjunta número 23, que especificaba:

...every corporation here after authorized to engage to agriculture shall by its charter be restricted to ownership and control of not to exceed 500 acres of land. This provision shall be held to prevent any member of a corporation engaged in agriculture from being in any wise interested in any other corporation engaged in agriculture.

Carlos Roca Rosselli. *Historia de las relaciones obrero-patronales en la industria azucarera de Puerto Rico* (Tesis, Universidad de Puerto Rico: Recinto de Río Piedras, diciembre de 1967) 13.

²² José Luis Vivas Maldonado. *Historia de Puerto Rico* (Las Américas Publishing: New York, 1978) 261; Antonio J. González. *Economía política de Puerto Rico* (Editorial Cordillera: San Juan, 1971) 50-51; Bolívar Pagán. *Historia de los partidos políticos*

La producción de azúcar, pues, se quintuplicó de 82,000 toneladas en 1900 a unas 485,000 en 1920, y a 675,000 en 1925. En el año 1901 el azúcar representaba el 62% del valor total de las exportaciones, mientras antes era tan sólo un 30%. Mientras en 1897 se dedicaban 61,556 cuerdas de tierra a la siembra de caña, en el 1927 eran más de 240,000. Y hacia el 1910 las compañías norteamericanas de azúcar ya controlaban más del 64% de las tierras azucareras.²³ Este afán desmedido de la industria azucarera siguió en vertiginoso ascenso y para los años 1935-1939 se cultivaban aproximadamente 300,752 acres de caña, los cuales representaban \$60,845,353 para la industria azucarera.²⁴

Paulatinamente la economía insular se hizo más dependiente de un solo producto: el azúcar, el cual estaba en manos de compañías absentistas extranjeras. A su vez, el jíbaro se fue esclavizando a la tierra y a sus dueños, pues debía trabajar de sol a sol para recibir como paga un mísero jornal que no le alcanzaba para sostener a su numerosa familia. Esto favoreció que la anemia, la tuberculosis y la uncinariasis se apoderaran de nuestros campesinos.

puertorriqueños (1898-1956) (Talleres de Manuel Pareja: Barcelona, 1972) I, 294. La legislatura insular en 1936 quiso poner en vigor la Ley de los 500 acres, pero las compañías azucareras la declararon inconstitucional. El Tribunal Supremo de Puerto Rico, el 7 de agosto de 1938, falló en contra de los monopolios azucareros y esta decisión fue sostenida por la Corte Suprema de los Estados Unidos que señaló:

The existence of large land holdings in a small agricultural country, abnormally overpopulated and without basic industries other than those required for the preparation of agricultural products for the market, is contrary to the economic welfare of its peoples... The end sought by the (500 acres) statute in to protect this small island and its population against monopoly which would end by making them serfs of a huge sugar factory.

R.E. Crist. *Sugar Cane and Coffe in Puerto Rico*, 19. El Partido Socialista de Puerto Rico se solidarizó con la decisión del Tribunal Supremo de la Isla para poner en vigor la Ley de 500 acres. Reece B. Bothwell González. *Puerto Rico: Cien años de luchas políticas (Programas y Manifiestos 1869-1952)* (Universidad de Puerto Rico: Río Piedras, 1979) I-1, 601-602.

²³ C.A. Figueroa, compilador. *Algunos problemas agrícolas de Puerto Rico y sus soluciones* (Circular de Fomento Núm. 8: San Juan, 1926) 4-6; J.L. Vivas Maldonado. *Historia de Puerto Rico*, 261; B. Pagán. *Historia de los partidos políticos puertorriqueños*, 290-291; A. Quintero Rivera. *Conflicto de clase y política en Puerto Rico*, 14, 33, 52-53, 75-76; Manuel Moreno Fraginals. *La historia como arma y otros escritos sobre esclavos, ingenios y plantaciones* (Editorial Crítica: Barcelona, 1983) 107.

²⁴ *Economic Implications of the 500-Acres Law: An Analysis of the Land Use Problem in Puerto Rico, its Relation to Income and Sugar Industry* (Association of Sugar Producers of Puerto Rico: Washington, D.C., s.f.) Apéndice, tablas I, III.

Como ejemplo de lo anterior veamos tan solo una situación. En la más famosa e importante de las huelgas cañeras de la Isla, la del 1933-1934, los obreros pedían un 40% de aumento salarial, porque el costo de la vida se había incrementado entre un 33% y un 45%, lo cual significaba, en realidad, que seguirían viviendo tan pobres como antes. Pedían, además, que se redujera la jornada de trabajo a ocho horas y que se les pagara en dinero y no como se hacía con vales redimibles en las tiendas de las centrales.²⁵

Las pésimas condiciones de trabajo y los salarios de hambre que enfrentaban los obreros de la caña, contribuyeron al surgimiento de una fuerza trabajadora y el inicio de huelgas en la industria azucarera de Puerto Rico. El Partido Socialista tuvo un preponderante papel en esto.²⁶ En el año fiscal 1931-1932 hubo diez huelgas que afectaron a 3,355 obreros; en el 1932-1933, catorce que incluyeron a 13,594; y en el 1933-1934 hay un total de dieciocho huelgas en las cuales participaron 33,333 obreros.²⁷

Este es el mundo que describe *La llamarada*, primera novela de Enrique A. Laguerre, la cual ha merecido la más elogiosa crítica hasta nuestros días y es la novela puertorriqueña que más ediciones ha tenido. Antonio S. Pedreira expresa que esta obra, además de sus méritos literarios, plantea una realidad social que entonces se vivía, pues "...se interna isla adentro, en la zona cañera, y pinta maravillosa y artísticamente, sin acrimonia ni propaganda, la vida rota y aplastada del pobre trabajador puertorriqueño".²⁸ Josefina

²⁵ Taller de Formación Política. *iHuelga en la caña! 1933-1934* (Ediciones Huracán: Río Piedras, 1982) 9, 22, 27-39, 41, 75, 186-190. Esta huelga se considera la de mayor alcance y envergadura de todas las efectuadas entre los años 1916 a 1942. La organizaron los propios obreros que se negaron a aceptar el convenio firmado entre la Federación Libre de Trabajadores (FLT) con la Asociación de Productores de Azúcar. El convenio fue rechazado por un número considerable de los afiliados a la FLT. Juan José Baldrich. *La huelga como instrumento de lucha obrera, 1916-1942* (Centro Académico de Cómputos de Ciencias Sociales, UPR: Río Piedras, 3 de diciembre de 1986) 1.

²⁶ C. Roca Rossell. *Historia de las relaciones obrero-patronales en la industria azucarera de Puerto Rico*, 47, 60-78, 80-97, 98-101; Andrés Ramos Mattei. *La sociedad del azúcar en Puerto Rico: 1870-1910* (UPR, Recinto de Río Piedras, 1988) 117-128.

²⁷ M. Moreno Friginals. *La historia como arma y otros escritos sobre esclavos, ingenios y plantaciones*, 110.

²⁸ Antonio S. Pedreira. *Aclaraciones y crítica* (Imprenta Venezuela: San Juan, 1941) 211. Dice más adelante sobre *La llamarada*: "Sin titubeo alguno podemos proclamar [a la novela] como hermana puertorriqueña de *La Vorágine*, de *Doña Bárbara*, de *Don Segundo Sombra*. Nada de atenuantes y medias tintas con lo que es

Rivera de Álvarez, a su vez, destaca que en ella “se plantean los problemas económicos y sociales del cañaveral, zona donde ejerce su dominio la central azucarera, cuales son: el latifundio, el absentismo, el monocultivo, la miseria del jíbaro cortador de caña”.²⁹ Mientras que Cesáreo Rosa-Nieves puntualiza que en esta obra, el autor “desarrolla el tema del conflicto entre obreros y patronos en el cañaveral puertorriqueño”.³⁰

Laguerre describe en el texto una serie de hechos que ponen de relieve la realidad económica y social del momento en que se vivía en Puerto Rico. Se describe la rivalidad del café y la caña, lo cual no constituye una pugna meramente económica, sino que lleva implicaciones ontológicas, como luego veremos. Estas ideas se sintetizan en las lapidarias palabras de Juan Antonio Borrás: “Experimenté cierto dolor por las glorias muertas de estas haciendas en su tiempo con vida propia y ahora sujetas a la oscura tiranía de la central”.³¹

Existía una diferencia muy grande entre el sistema de haciendas que se vivía en Puerto Rico y las realidades sociales que le impuso la central azucarera a la familia puertorriqueña. Se realiza, por lo tanto, una total transformación que explica muy bien Cheroles, uno de los personajes novelescos:

—Las haciendas de ante eran otra cosa. Se vivía mejorcito. No había tanto orgullo como hora mismo. Se sacaban muchos bocoyes de azúcar, miel, romo. El azúcar valía mucho. Se vendía destilando la miel. Era un contento bregar con las máquinas. Y no sólo eso. Había ganao que era una barbaría. Vacas, bueyes, becerros, chivos. Bueno, la mar. Toíto se hacía en la hacienda. No faltaban los majaguales pa’cer sogas. Enantes no se compraba la pita. Pa eso estaba la majagua. Es más: hasta los zapatos, los bocoyes, los sombreros, toíto se hacía en la hacienda. ¿Por qué, pongamos por caso, si hay palos de moca y de haya pa’cer duelas se van a traer bocoyes del lao allá del mar? ¿No cree? Enante se comía más plátanos, se bebía más leche, se comía más carne anque juera de jicotea. Ahora, toíto ha cambiado. (112)

nuestro y bueno: *La llamarada* no puede ocultar ese aire de gran familia que la une —con diferentes vinculaciones— a esas tres grandes novelas americanas que hoy circulan por todo el mundo”.

Posteriormente, Concha Meléndez, en la positiva crítica que le hace, estudia los vínculos de *La llamarada* con estas tres importantes novelas hispanoamericanas. *Signos de Iberoamérica* (Imprenta Manuel León Sánchez: México, 1936) 117-124.

²⁹ Josefina Rivera de Álvarez. *Diccionario de literatura puertorriqueña* (Instituto de Cultura Puertorriqueña: San Juan, 1974) 2-II, 814.

³⁰ Cesáreo Rosa-Nieves. *Historia panorámica de la literatura puertorriqueña, 1589-1959* (Editorial Campos: San Juan, 1963) II, 646.

³¹ Enrique A. Laguerre. *La llamarada* (Ediciones Rumbos: Barcelona, 1967) 30. En adelante citaré por esta edición en el texto.

Hay, pues, un contraste muy grande entre una economía de hacienda y otra de plantación. En aquella se vivía de la tierra, mientras en ésta se vive para la tierra, por el afán desmedido de producción.

La tierra se ha transformado en el escenario de explotación del jíbaro y el novelista escenifica acertadamente este hecho con el caso del peón Ventura Rodón. Vive en un mísero bohío con toda su familia,³² y en muchas ocasiones tiene que ir a trabajar sin tan siquiera haber tomado un poco de café. Dice la voz relatora: “Es un hombre anémico, ‘jincho’, un caso perdido, porque a tal se reduce su existencia. Sé que está ‘cargado de hijos’, que tiene un ‘verdadero cuadro, señor’, como él mismo dice. Ahora caía en el cañizar para no levantarse, acaso. Tenía desencajado el rostro, lívido el color, ese color suyo amarillento”. (57). El hambre le impide realizar el trabajo que por obligación tiene que hacer para llevar la comida a su prole; esto redundará en una verdadera desgracia para su familia.

Los campesinos están conscientes de que los explotan en las tiendas de la central, donde les venden los productos más caros de lo que les costarían en cualquier otro lugar, pero no tienen otra opción, porque aquí les fian y tienen que redimir los vales con los cuales les pagan su trabajo. Dice la voz relatora: “La peonada sabe que en la tienda de don Manuel Perales le venden más caro que en ningún otro sitio, sabe que no le dan un solo centavo sobre lo que gana, y sin embargo, viene a despacharse a esta tienda...” (73). Es una especie de fatalismo lo que se cierne en torno al jíbaro.

El pago que les hacían a los obreros de la caña por su trabajo no llegaba a un dólar diario. Hubo zafras en que ganaban cincuenta centavos cada día. En la novela se indica que les pagaban la cantidad de sesenta centavos diarios (69), y encima de la escasa paga y de que debían trabajar mucho, estuvieran sanos o enfermos, hambrientos o cansados, en la central les robaban parte del salario con la excusa de que “en tiempos de España ganaban rial y medio trabajando de sol a sol” (69). Un peón que protesta por este atropello, lo

³² El novelista describe la choza: “La casuca es baja de luz, tan baja, que casi temí chocar con las vigas de lo que debió ser cielo raso... El techo está en parte cubierto de paja de caña y parte de yaguas, a través de los cuales se ven trocitos de cielo con sus ojitos atisbadores. ¡Si no lloviera!... Pero en épocas de lluvia es un infierno. Las paredes son una miseria: agujeros enormes en las tablas de astilla y en las yaguas. Y el tabique, de yagua también. En la división de allá, el aposento oscuro y estrecho. Donde estábamos, la saluca, reducidísima, con un cajón, un ture, mi silla, un banco y una tosca mesa por todo ajuar. En la mesa parpadeaba la lamparilla de lata ancha como un miriñaque hacia la base, en forma de cono hacia su mecha. Pequeñita, como un juguete”. 74.

echan de la central y, entonces, se desahoga con don Flor por tamaña injusticia: “Toítos son unos pillos. Pa la miseria que uno gana y luego robarle así. Maldita sea la madre de ese barrigón” (69). En adelante éste tendrá que aventurarse a otras comarcas para mendigar un trabajo.

La vida que lleva el jíbaro es la misma que la de un esclavo. Reiteradamente el autor enfatiza esta idea. Cuando describe la fila de obreros el día de pago, señala: “Una muchedumbre heterogénea pero condenada a la misma pena: la esclavitud del cañaveral” (68). Y uno de los peones le comenta a Juan Antonio Borrás: “Yo tenía un hermano que le tuvo un miedo atroz al cañaveral. Se enfermaba cada vez que le mentaban el trabajo en él. Decía que no iba a morir esclavo. Y fue lo único que nos dejó papá, que Dios perdone. Una herencia de trabajar en el cañaveral. Pero mi hermano se huyó... Se fue huyéndole al infiernito de cañaveral” (71).

Don Polo, quien encarna los ideales del Partido Socialista y plantea las ideas de justicia social en la obra,³³ confirma la esclavitud e infierno que representa la caña de azúcar y las centrales para el campesino puertorriqueño: “Yo no creo que el jíbaro haya nacido para andar siempre al remo. No es posible. Entonces habría que dudar de la justicia divina. ¿Qué ha hecho para que cargue con tanto dolor? Da compasión el pobre guácaro de los seborucos. Es un esclavo” (80). La escena donde se describe la jugada de gallos, también insiste en esta misma idea:

Algunas de estas personas jugaban el jornal ganado en el infierno de los cañizares. Olvidaban la tragedia de la guardarraya y el desyerbo impiadoso. Olvidaban la cruel servidumbre del machete y la arada, los latigazos de indiferencia de los capataces, la furia del círculo de fuego, el horrible escozor de los sudores, el martirio de estar días y días doblados... Todo, todo lo olvidaban, hasta el hambre de los “guacaritos” y de la mujer anémica, las deudas al ventorrillo... (114)

Y se lamenta el autor, “Verdaderamente que en el cañaveral ellos son esclavos que viven en la miseria extremada. Si no fueran gente colectivamente pacata, sabe Dios lo que hubiesen hecho ya con sus machetes” (133). La situación a la que están sometidos no tiene redención, sólo someterse fatídicamente, por eso sentencia el autor: “no les queda otro remedio que refugiarse en su resignación” (70). El texto novelesco no deja lugar a dudas, ha denunciado la existencia de la esclavitud del jíbaro en el cañizar.

Las corporaciones azucareras absentistas fueron apoderándose

³³ Entre otras, véanse las páginas 47-51.

de las tierras de la Isla. Este latifundio azucarero que ahogaba a los pequeños colonos y cultivadores se patentiza en el texto con don José, el colono de La Monserrate y don Diego Martínez, otro colono comarcano, los cuales habían caído “en las garras de la American Sugar Co.” y estaban arruinados (141-142). Nos advierte José Antonio sobre las poderosas corporaciones absentistas:

Don Oscar siguió hablándome de los egoísmos de la American Sugar Co. Los accionistas principales de la corporación viven en Nueva York; hacia allá emigra el peso nativo. Casi todos sus jefes y empleados son una gente glotona, llena de prejuicios, que vive aislada, excluida de los puertorriqueños como si éstos tuviesen lepra. A sus reuniones sociales, a sus *parties*, no invitan a los “nativos” —esta palabra en boca de ellos adquiere cierto descrédito, es como sinónimo de “seres inferiores”—; no obstante, la llamada elite isleña los invita a sus fiestas sociales primero que a nadie. (167)

No hay redención, la caña vence en la lucha que el jíbaro sostiene contra ella, por ello se desahoga el fuero interno de Juan Antonio: “¡Cañaverales, lagos de deventuras! Abrotoñó la semilla vellosa regada por el sudor de los tristes siervos. La sabana está invadida: se oye el galope fiero de la miseria. Lo va atropellando todo, vidas, árboles, el orgullo insular...” (223). Y concluye categóricamente que el cañaveral es “enemigo del conuco, enemigo jurado del jíbaro” (223-224).

La tesis novelesca se ha formulado de la siguiente manera: La caña es enemiga del puertorriqueño. Simbólicamente se ve la salvación en el refugio de la montaña, o sea en el café. Pero esto tiene una implicación ontológica más allá de lo económico, como indica Pedreira en el prólogo a la segunda edición,³⁴ se relaciona con el ser puertorriqueño, y el café se identifica con lo autóctono, mientras la caña, con lo extranjero. Se nos ha planteado que el puertorriqueño tiene que ser él, necesita el espacio para serlo; entendemos, ahora, el porqué Pedreira afirma en el referido prólogo: “Borrás es un carácter perdulario entre lo que él quisiera ser y lo que el medio le obliga a ser”. Sin lugar a dudas se denuncian unos males existentes y se pide la redención social del obrero, pero más importante que todo esto, a mi entender, se exige una afirmación de lo puertorriqueño para llegar a ser.

En su segunda novela, *Solar Montoya*, analiza con más determinación la situación de la caña y aunque se reafirma en la puertorriqueñidad del café, considera que la industria del azúcar

³⁴ Véanse las páginas 5-11.

puede ayudar a Puerto Rico, si se logra cambiar la mentalidad de los dueños de las centrales. Expone el novelista:

Pensando en el bien material de Puerto Rico, parecíale a Gonzalo que de ninguna manera se debe creer en la desaparición de los cañaverales. Son una necesidad económica. La caña es necesaria; sólo que en vez de vernos obligados a servirle, es ella la que nos debe servir. Más importante que la factoría azucarera es la eternidad de nuestro espíritu. Lo propio es que el cañaveral contribuya a nuestro sostenimiento material, sin que nos exija la sojuzgación.³⁵

Y más adelante se reafirma en lo dicho: “No hay duda, el cañaveral nos hace falta; es más, desde el punto de vista económico, es imprescindible para sostener los servicios públicos. Decir lo contrario es no decir la verdad” (242). La caña de azúcar es un medio de subsistencia para el jíbaro, ella debe contribuir al bienestar social del puertorriqueño, nunca imponer extraños patrones de vida y menos esclavizar al ser humano. Debe amoldarse al ser nacional puertorriqueño.

El café

Durante el siglo XIX la caña predominó como el principal producto agrícola puertorriqueño. Pero la crisis cafetalera internacional de la década del setenta contribuyó a que el café de Puerto Rico adquiriese mayor relevancia. En 1871 se produjeron 20,822,299 quintales, y ocho años más tarde el valor de exportación del café superó el del azúcar. Desde entonces el café se convierte en la principal riqueza agrícola puertorriqueña y su producción va en aumento. En 1880 fue de 48 millones y en 1896 de 58 millones. En este último año fiscal, la cosecha se efectuó en un área de 200,000 cuerdas la cual constituía el 40% del total de las tierras cultivables de la Isla. De las 40,000 haciendas cafetaleras existentes en 1899, el 93% de ellas estaban operadas por sus dueños.³⁶ Esto demuestra que se había desarrollado un sistema fundamentalmente de pequeñas y medianas haciendas trabajadas por sus propietarios. En 1890 Puerto Rico

³⁵ Enrique A. Laguerre. *Solar Montoya* (Imprenta Venezuela: San Juan, 1941) 232. En adelante citaré en el texto por esta edición.

³⁶ Raymond E. Crist. *Sugar Cane and Coffe in Puerto Rico* (College Park: Univesity of Maryland, 1948) 5, 7; Andrés Ramos Mattei. *La hacienda azucarera. Su crecimiento y crisis en Puerto Rico (siglo XIX)* 36; Guillermo Baralt. *Yauco o las minas de oro cafetaleras*, 35, 37, 44, 45; Lidio Cruz Monclova. *Historia de Puerto Rico (siglo XIX)* (Editorial Universitaria: Río Piedras, 1965) III, 3, 276-280, 289; Rafael de Jesús Toro. *Historia Económica de Puerto Rico* (South-Western Publishing: Ohio, 1982) 49-51, 75-76, 100; Fernando Picó. *Amargo café*, 158.

se convirtió en el cuarto mayor país exportador cafetalero en América Latina y según los cálculos de Luis Pumarada, si sumamos los que cosechaban y elaboraban el café, directa o indirectamente, se beneficiaba la mitad de la fuerza trabajadora del país.³⁷

Europa era el principal mercado del café puertorriqueño. Sin embargo, la ocupación norteamericana de 1898 privó a este producto de su principal mercado, el europeo; y resultaba imposible vender el producto a otros países iberoamericanos, al no poder competir en precios con producciones como la brasileña o la colombiana, con el agravante de que tampoco podía exportarse a Estados Unidos, ya que este país no le daba protección arancelaria debido a que se abastecía de otros mercados más baratos. Como se afirma en *Solar Montoya*: “En Estados Unidos se consume mucho café, pero no el de Puerto Rico” (258). Como si esto fuera poco, se devaluó la moneda en la Isla y en 1899 el ciclón San Ciriaco destruyó el 90% de la cosecha del café. Privilegiada por los intereses económicos y gubernamentales, la caña adquiere gran predominio y la industria cafetalera debe luchar contra los huracanes y la desidia del gobierno insular. Esto hará que los pequeños hacendados, muchos de los cuales estaban grandemente endeudados, tengan que vender sus propiedades.³⁸

Tous Soto y Antonio R. Barceló envían, el 2 de abril de 1928, una carta al presidente Coolidge, en la cual le exponen que la cosecha del café, “la principal riqueza en manos puertorriqueñas”, ha ido decreciendo, mientras aumentan la producción del azúcar y el tabaco, productos cuyas dos terceras partes están en manos de las empresas norteamericanas que poseen las mejores tierras del país.³⁹ Ambos políticos presentaron en su misiva la esencia del grave

³⁷ Luis Pumarada O’Neil. *La industria cafetalera de Puerto Rico, 1736-1966* (Oficina de Preservación Histórica: San Juan, 1990) 37, 42-43.

³⁸ Loida Figueroa. *Breve historia de Puerto Rico: Segunda parte* (Editorial Edil: Río Piedras, 1983) 408; F. Picó. *Amargo café*, 36; M. Moreno Friginal. *La historia como arma y otros ensayos*, 105-111; José Luis Vivas Maldonado. *Historia de Puerto Rico* (Las Américas Publishing: New York, 1978) 261-272; Antonio J. González. *Economía política de Puerto Rico* (Editorial Cordillera: San Juan, 1971) 34, 39; Manuel Maldonado Denis. *Puerto Rico: Una interpretación histórico-social* (Siglo XXI: México, 1974) 70.

³⁹ Bolívar Pagán. *Historia de los partidos políticos puertorriqueños*, I, 294; A. González. *Economía política de Puerto Rico*, 33, 35. Muchos hacendados pidieron trato privilegiado al café de Puerto Rico, igual que se hacía con el azúcar y el tabaco, pero había firmas norteamericanas con grandes intereses en el café brasileño. L. Pumarada. *La industria cafetalera de Puerto Rico, 1736-1966*, 48-52.

problema económico insular: las riquezas del país están en manos extranjeras que controlan el agro puertorriqueño.

El café había representado aproximadamente el 63% del valor total de exportaciones a fines del siglo XIX, sin embargo, en el año 1901 era tan solo el 20%, y en el 1930 no llegaba al uno por ciento del total exportado. Mientras la exportación de café en 1908 fue de cuatro millones de dólares, en 1939 sería de medio millón.⁴⁰ Algunos han considerado que los huracanes fueron los causantes de la destrucción de esta industria, pero realmente fue la pérdida del mercado lo que la colapsa paulatinamente. De un promedio de 48,500,000 libras producidas durante 1892-1896 y 23,900,000 libras durante 1924-1926, se llega a tan solo 2,400,000 libras en 1935-1936.⁴¹ Según Sánchez Tarniella, el café no recuperó la posición que ocupaba en la economía insular, no tanto por los fenómenos de la naturaleza, sino por causa de la política económica asumida por el gobierno,⁴² la cual les daba mayor protección a la caña y al tabaco, productos que interesaban al mercado norteamericano. A su vez, Fernando Picó concluye que los hacendados en Puerto Rico no pudieron enfrentarse al control internacional de precios, por eso “con o sin invasión norteamericana, el café puertorriqueño tenía que afrontar esa nueva competencia en el campo internacional”.⁴³

Lo más importante de esta industria agrícola, desde el punto de vista ontológico fue el que los intelectuales puertorriqueños mediatizaran la nacionalidad con el régimen de hacienda cafetalera. Ante el avance desmedido de la industrialización azucarera que dominaba la economía de entonces, los escritores ven en peligro la tierra, devorada por las centrales y, muy en especial, la destrucción de la industria del café, principal riqueza del capital nativo. Fernando Picó considera que del notable contraste entre la central azucarera de la costa, con la hacienda cafetalera de la montaña —o sea, la producción extranjera versus la puertorriqueña— “surgirá la noción de que producir café era una actividad tradicional autóctona y símbolo de criollismo”.⁴⁴

⁴⁰ R. Crist. *Sugar Cane and Coffee in Puerto Rico*, 23; *Economic Implications of the 500-Acre Law*, Table II; A. Quintero. *Conflicto de clase y política en Puerto Rico*, 52.

⁴¹ R. Crist. *Sugar Cane and Coffee in Puerto Rico*, 15.

⁴² A. Sánchez Tarniella. *La economía de Puerto Rico: Etapas en su desarrollo* (Borikén Libros: Hato Rey, 1983) 78-79.

⁴³ F. Picó. *Amargo café*, 158-159.

⁴⁴ F. Picó. *Amargo café*, 38.

El sistema de hacienda cafetalera en Puerto Rico contribuyó a desarrollar un tipo de vida que gradualmente llevará a la toma de conciencia de la puertorriqueñidad, al punto que Eugenio Fernández Méndez lo considera gestador de la conciencia nacional.⁴⁵ La gran mayoría de las haciendas cafetaleras estaba en manos nativas, lo cual convertía a éstas en baluartes económicos, también por estar las haciendas en sitios montañosos, lejos de la centralización administrativa y gubernamental, se convirtieron en pequeños mundos. Eran, a la vez, como dice Belaval: “Fortaleza, alcaldía, intendencia, cuarto de cepo, almacén, capilla, cuartel de barraganía, casona de familia, tormentera, atalaya de europeísmo, punto de relevo de la guardia civil y de los quincalleros ambulantes”.⁴⁶

En el cafetal se desarrolló la incipiente conciencia colectiva del pueblo puertorriqueño y las familias criollas asumieron posiciones que salvaguardaron los derechos del nativo, además fue baluarte del movimiento abolicionista y centro de las ideas liberales del siglo pasado.⁴⁷ La suplantación del café por la caña como principal fuente de riqueza se interpreta como un atentado a los fundamentos de la identidad nacional. Zayas Micheli señala cómo los intelectuales de ese tiempo se enfrentaron a ese peligro, asociando la nacionalidad al café: “Con la crisis que sufre el cafetal frente al cañaveral se identifica el primero con los anhelos de la nacionalidad... De ahí que los escritores del treinta vean el café como la tabla de salvación en el naufragio de la nacionalidad”.⁴⁸ Esta mediatización de la conciencia nacional con este producto agrícola perdura en la actualidad. Ricardo Alegría opina que: “Aún hoy el cafetal sigue siendo el baluarte inexpugnable de nuestra libertad y de nuestra tradición cultural... ha sido y seguirá siendo uno de los símbolos de la vida puertorriqueña”.⁴⁹

Este mundo del café lo recrea *Solar Montoya*. La novela del cafetal en crisis la llama Manrique Cabrera,⁵⁰ mientras Josefina Rivera la considera una biografía del cafetal,⁵¹ y significa para Cesáreo

⁴⁵ E. Fernández Méndez. *Historia cultural de Puerto Rico*, 324.

⁴⁶ Eugenio Belaval. *Los problemas de la cultura puertorriqueña* (Editorial Cultural: Río Piedras, 1977) 40.

⁴⁷ E. Belaval. *Los problemas de la cultura puertorriqueña*, 40; R. Alegría. *El tema del café en la literatura puertorriqueña*, 10.

⁴⁸ L. Zayas Micheli. *Lo universal en Enrique A. Laguerre*, 75.

⁴⁹ R. Alegría. *El tema del café en la literatura puertorriqueña*, 10.

⁵⁰ Francisco Manrique Cabrera. *Historia de la literatura puertorriqueña* (Editorial Cultural: Río Piedras, 1963) 293.

⁵¹ Josefina Rivera de Álvarez. *Diccionario de literatura puertorriqueña*, 2-II, 814.

Rosa-Nieves “un recomenzar en una transculturación, después de una debacle”.⁵²

La novela describe muy acertadamente la situación existente en el agro y la realidad social puertorriqueños. Don Alonso Montoya es el personaje que encarna el amor y la defensa de la tierra: “Para él el amor a la tierra estaba sobre todo lo demás: mantener erguido el espíritu era una manera natural de ser buen jíbaro y el jíbaro nació para preservar la tierra”⁵³ (204). Él se lamenta del abandono del café, producto que en un tiempo “era como el oro” (288), y le describe a Gonzalo cómo florecía por la región en las distintas haciendas que eran propiedad de los puertorriqueños: “—En esta zona estaba una vez la mayor riqueza de Puerto Rico. Recuerdo que se recogían miles de quintales de café, pero ahora se ve mucha miseria. El tiempo te doy por testigo: si persiste esta situación nos vamos a ir por ojo. Y te digo, es una lástima, porque casi todo era propiedad de nuestros paisanos” (228). Pero paulatinamente ese mundo va agonizando. Y un jíbaro asiente a los razonamientos de don Alonso: “—Usted tiene razón, don Lonso. ¡Ande ’starán la’ ciendas de enantes! Lo mismo que la de mi abuelo, han desapareció muchas” (145).

Lo que podría llamarse los despojos de la hacienda cafetalera se dramatiza en el texto novelesco. Apreciamos cómo el capital nativo se supedita al extranjero y los latifundios azucareros y del tabaco se apoderan de las antiguas haciendas. Éstas desaparecen porque no pueden sostener la pujanza económica de la caña y el tabaco y deben venderse. La tierra se abandona y las familias emigran para la costa.⁵⁴ Una frase lapidaria resume esta patética situación: “Donde antes vivió la gente más feliz de Puerto Rico, ahora vive tal vez la más desventurada” (332). Se podría sintetizar lo antes expuesto con las palabras de Gonzalo: “—¿Te das cuenta de que aquí no sólo está mal el peón, sino también el pequeño agricultor y hasta el antiguo hacendado?” (257).

El novelista resalta los principales problemas que confronta el café: las tormentas, la baja producción, la falta de mercado y la ausencia de protección arancelaria para el producto, el contrabando de café extranjero de baja calidad, las excesivas contribuciones, las amortizaciones, las falsas promesas de los políticos y las promesas

⁵² Cesáreo Rosa-Nieves. *Historia panorámica de la literatura puertorriqueña (1589-1959)* II, 646.

⁵³ Véase el amor a la tierra en la novela, entre otras páginas, 147, 168, 217, 223, 264.

⁵⁴ Véanse, entre otras páginas, 109, 143, 222, 227-228, 230, 273.

incumplidas del gobierno.⁵⁵ Esta realidad económica de la industria cafetalera la resume uno de los personajes novelescos, Antonio, cuando recuerda su famosa abra del Cupey, que era: “Una verdadera mina, sí, señor. Hora mesmo to eso s’ha ‘cabao dispué de los temporales. Las cosechas malas, los precios malos, no hay onde vender, se trai café malo d’otras partes, acosan a uno con las contrebuciones y, sobre toíto eso, los díceres que nunca se cumplen” (289).

Laguerre, como los intelectuales de su generación, identificaron la puertorriqueñidad con este producto. Esta idea se repite constantemente: “La desaparición total de los cafetales sería un desastre de economía y de espíritu” (243). Observemos que no es meramente un problema económico, sino espiritual, de una realidad de conciencia nacional, ya que según el autor: “El cafetal es una fortaleza. La isla se nutre del espíritu serrano” (334). Este producto salvaguarda la integridad nacional y preserva lo cultural puertorriqueño. Por tal razón don Alonso lo considera un baluarte nacional: “Pienso que Puerto Rico debiera mantener sus cafetales del mismo modo que las naciones mantienen barcos de guerra. El café es una defensa para la isla” (229). Doña Concha Meléndez, en el prólogo a esta novela, destaca el valor existencial del café para el puertorriqueño: “Tras la angustia del jíbaro en la zona del cañaveral, la agonía lenta de las haciendas de café... Agonía más trascendente que la sabanera, porque en la sierra se concentra nuestro pasado: leyendas indígenas, eticismo español, folclore nacional” (5). Considera, pues, que en la montaña y el café encontramos la esencia de lo puertorriqueño.

El texto novelesco reafirma que al cambiar la producción agrícola del café a la caña como principal producto nacional, se ha trastocado la conciencia nacional, ya que ha cambiado al puertorriqueño.⁵⁶ Existe, pues, una transformación ontológica que afecta las raíces más profundas de la identidad nacional. Por tal razón, para Gonzalo el volver a la montaña, el volver al café, era una afirmación de puertorriqueñidad, pues esto: “Es símbolo de redescubrimiento, de encontrarnos a nosotros mismos para nuestro espíritu, porque en la sierra está nuestra mejor expresión. Sin duda alguna que nuestra cordillera central es vértebra física y anímica de nuestro ser” (242). Y este concepto se reafirma cuando dice la voz narradora: “El jíbaro tiene que resistir en la montaña” (169).

⁵⁵ Véanse, entre otras páginas, 24-243, 250.

⁵⁶ Véanse, entre otras páginas, 146-147.

Pero la realidad es otra, y mediante la metáfora de los ríos, que nacen en la montaña y llegan a la llanura, con la idea de montaña-cafetal y llanura-caña, se le sugiere al lector que el cafetal se desangra por el cañaveral: “Desde abajo, desde el valle, subía el rumor de las aguas del Río Grande que corría, generoso, a nutrir las raíces del cañaveral allá en la sabana. Vena abierta, desangre de la montaña, corriente de vida que beneficiaría a unos cuantos ingratos...” (251). Y más claramente se aprecia, al final de la novela, cuando se describe la región donde Gonzalo comenzó a trabajar: “El cafetal estaba en franca derrota. La caña subía por las laderas, desaparecían los árboles, los cerros se veían mundos, abundaban los moñitos...” (279).

Esta es la causa de que Juan Antonio Borrás en *La llamarada* siga el llamado de la montaña para sosegar su espíritu, para lograr su paz espiritual (218), que en el fondo significa su realización, ser él mismo. Para conseguirlo urge fortalecerse y encarar la realidad económico-social puertorriqueña:

¿Dónde, dónde se encontrará refugio? ¿En la montaña? El último indio se refugió en el Yunque y allí murió con sus dioses. Tenemos que emprender el camino a la montaña, pelear bravamente en contra del hacha, en contra de las tormentas, en contra de los invasores. No hemos de permitir que mueran nuestros individuos y nuestros dioses. Urge hacer frente a todos los enemigos, hacernos fuertes en la montaña para bajar entonces a la reconquista de la sabana costanera. Para ello se precisa voluntad a toda prueba; que nos impulse un bravo deseo de reconquista. (223)

Resaltan estas palabras de Juan Antonio una realidad social que trasciende los linderos económicos y proclama la fuerza del espíritu para ser, para conservar lo que se es. Laguerre cree, como afirma Jean Paul Sartre, que el hombre no tiene pasado, es su pasado y por ello preconiza la importancia que tiene para el puertorriqueño entender su realidad histórica. Es necesario beber en las tradiciones —reafirmando lo de aquí— en el ser de Puerto Rico para, como Anteo, a quien la tierra le daba su energía, poder reconquistar la sabana. Existen dos mundos contrapuestos: el de la montaña-café, centro de las tradiciones de la Isla, y el de la sabana-caña, centro de dominio extranjero. Estos dos mundos económicos, en realidad, se han convertido en dos mundos culturales irreconciliables y Laguerre, como los escritores de su generación, opta por lo puertorriqueño, cuyos símbolos son la montaña y el café.

El tabaco

De los tres productos agrícolas que más se producían en Puerto Rico durante los siglos XIX y XX, el tabaco es el único autóctono. Los indios lo cosechaban y lo utilizaban en sus rituales religiosos y el diario vivir, pero su cultivo fue prohibido por el gobierno español hasta el año 1614. Fray Íñigo Abbad afirma que en el 1776 la producción de este producto ascendió a 701,750 libras,⁵⁷ pero ya en 1828 se exportaron 2,406,100 libras. El máximo de exportación alcanzado durante la soberanía española es en 1862 que fueron 8,950,725 libras; a partir de entonces, la exportación disminuyó, pues fluctuaba entre los dos y los seis millones de libras, hasta que en 1881 subió a siete millones y medio. Este volumen no volvió a sobrepasarse hasta varios años después de la ocupación norteamericana.⁵⁸

Anteriormente he indicado que el interés de los gobernadores norteamericanos estaba en la caña y el tabaco, de aquí que el café se relegase a un tercer lugar en la balanza de exportación. En 1926 una nota en la Circular de Fomento número 7 especificaba: “El tabaco es hoy la segunda cosecha en importancia en Puerto Rico [la primera era la caña]. No obstante, los trabajos de investigación relacionados con este cultivo han sido hasta la fecha muy limitados”.⁵⁹

Fernando Picó explica que tras los desastres del café habidos por los temporales, el tabaco vino a ser un complemento imprescindible de las fincas cafetaleras, pues lentamente les abre nuevos horizontes a los pequeños y medianos agricultores. También porque no sólo ayudó a los agricultores, sino que les proveyó materia prima para desarrollar centros tabaqueros en los cuales no sólo se preparaba la tripa para la exportación, sino se elaboraba, además, cigarros y cigarrillos. Estos talleres tabaqueros “fueron los primeros

⁵⁷ F.H. Bunker. *El cultivo del tabaco en Puerto Rico* (Circular de Fomento Núm. 10, San Juan, 1926) 7. Dice Fray Íñigo Abbad que en Puerto Rico: “El tabaco se cultiva generalmente en todos los territorios: se produce muy bien, y en algunos es de excelente calidad”. *Historia geográfica, civil y natural de la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico* (Editorial Universitaria: Río Piedras, 1970)28, 110, 112, 114, 120, 131, 132, 135, 136, 138, 141, 143, 161, 165.

⁵⁸ C.A. Figueroa. *Demostraciones agrícolas 1924-25* (Circular de Fomento Núm. 7, San Juan, 1926) 60. Bunker señala que el mercado americano era el que determinaba la clase de tabaco que se debía producir en la Isla y cómo al mismo le interesaban sólo los “tipos baratos”. “Esto dio origen a la siembra de variedades que produjeran el tipo ligero de tabaco y al abandono de aquellas variedades que producen mejor calidad.” Este autor señala las variedades de tabaco que se cultivaban en Puerto Rico. *El cultivo del tabaco en Puerto Rico*, 8-24.

⁵⁹ C.A. Figueroa. *Demostraciones agrícolas 1924-25*, 60.

grandes centros manufactureros de la Isla y contribuyeron a promover el desarrollo urbano”.⁶⁰

Después de la caña, el cultivo que más se generalizó fue el del tabaco, que tenía demanda en los nuevos centros tabacaleros del interior de la Isla. La exportación de este producto agrícola fue en constante aumento: En 1910-1911 se exportaron 10,827,672 libras; en 1916 fueron 9,408,723 libras y 23,343,048 libras en el año 1924.⁶¹ Se incrementó tanto, que Puerto Rico llegó a importar a Estados Unidos mayor cantidad de tabaco que Cuba, la principal productora de tabaco en el mundo. Mientras en el año 1923 los Estados Unidos compran a Cuba 50.1% del tabaco que consumen y a Puerto Rico 45.6%; en 1924, le compran a Cuba 41.2% y a Puerto Rico 52%; en 1933, el 39.8% a Cuba y el 55.5% a Puerto Rico; y en 1938 era el 28.9% a Cuba y el 60.9% a Puerto Rico.

El tabaco y su manufactura constituyeron para la Isla una de las tres principales fuentes de ingresos, y para la economía agrícola representaba el segundo producto en importancia. En el año 1924 se exportó tabaco por la suma de \$19 millones y en el 1925 por \$18.5 millones. En el período del 1926 al 1930 ascendió a \$19,817,000; del 1931 al 1935 fueron \$9,695,000 y en el año 1937 es de \$10,115,00.⁶²

Durante los años de 1935 a 1939, Puerto Rico exportó un promedio anual de \$9,019,467 en tabaco, tanto en rama como manufacturado. Para que se entienda su importancia, el Departamento Agrícola señala que según el censo de 1935, de las 52,790 fincas que había en la Isla, el 25% de las mismas se clasificaron como fincas tabacaleras, las cuales integraban el 13% del área total de fincas de Puerto Rico. Este producto le proporcionaba trabajo a 38,186 personas, las cuales constituían el 16% de la fuerza laboral y, en adición, 15,000 personas más trabajaban en fábricas de cigarros

⁶⁰ Fernando Picó. *Historia de Puerto Rico* (Editorial Huracán: Río Piedras, 1986) 232-233; *Amargo café*, 37, 39. En el caso concreto de Utuado, refiere Picó: “El tabaco vino a ser como una tabla de salvación tanto para la estancia como para la hacienda [cafetalera] y ayudó grandemente a estabilizar la situación en el territorio utuadeño”. *Amargo café*, 160-161.

⁶¹ F.H. Bunker. *El cultivo del tabaco en Puerto Rico*, 7, 18.

⁶² *Economic Implications of the 500-Acres Law*, Table II; C.A. Figueroa. *Algunos problemas agrícolas de Puerto Rico y sus soluciones*, 5. En esta última obra se resalta que en el año 1924 la exportación de azúcar significó \$48 millones para el erario, mientras el café es de \$5 millones; en 1925 la caña fue de \$56 millones y el café de \$6 millones.

y despalillado de tabaco.⁶³ El cambio de soberanía y el ingreso de Puerto Rico al sistema arancelario de Estados Unidos contribuyeron al desarrollo de la industria tabacalera.

Es importante tener en cuenta el proceso de compra-venta para entender las repercusiones económicas y laborales de este producto. El agricultor entregaba su cosecha de tabaco a los acaparadores o refaccionistas y no recibía liquidación de la misma hasta que éstos no hubiesen vendido el tabaco existente. Por supuesto, el intermediario siempre vendía el producto más caro de lo que le pagaba al agricultor, y lo que era peor, a veces jugaba con los precios creando escasez, al ocultar excedentes de cosechas. Todo esto trajo huelgas, unas veces de los agricultores, otras de los obreros que trabajaban en la elaboración de cigarros y despalillado.⁶⁴

Las luchas de los obreros del tabaco se escenifican en la novela *Los dedos de la mano*. La acción se desarrolla en la jurisdicción tabacalera de Naranjito, de aquí el nombre del pueblo novelesco, Naranjales, hacia los años de 1910 a 1935. En la obra se aprecian las luchas que sostienen el Partido Socialista y la organización sindical de tabacaleros y agricultores frente a los refaccionistas y las empresas norteamericanas.⁶⁵

A veces, tanto los lectores como los críticos hablan de la obra que les hubiera gustado que se escribiese y no de la que se escribió. Esto sucedió con esta novela; algunos no comprendieron el planteamiento que hacía el novelista y confundieron el ambiente con el objetivo que perseguía el autor. Como acertadamente ha señalado Angelina Morfi “se novela la vida de una Madame Bovary puertorriqueña: Lucrecia Madrigal”.⁶⁶ El trasmundo político y laboral es el escenario para comprender la realidad psicológica de los personajes principales, fundamentalmente la de Lucrecia. A raíz de una reseña que José Luis González hiciera de la obra, —en la cual señala que es la mejor novela escrita y la mejor construida de las publicadas

⁶³ C.A. Figueroa. *Algunos problemas agrícolas de Puerto Rico y sus soluciones*, 1-2.

⁶⁴ C.A. Figueroa. *Algunos problemas agrícolas de Puerto Rico y sus soluciones*, 4-16.

⁶⁵ C. Rosa-Nieves. *Historia panorámica de la literatura puertorriqueña (1589-1959)*, II, 647; J. Rivera de Álvarez. *Diccionario de literatura puertorriqueña*, 2-II, 815; Angelina Morfi. *Enrique A. Laguerre y su obra “La resaca”, cumbre en su arte de novelar* (Instituto de Cultura Puertorriqueña: San Juan, 1964) 68.

⁶⁶ A. Morfi. *Enrique A. Laguerre y su obra “La resaca”, cumbre en su arte de novelar*, 68.

hasta entonces por Laguerre—, le recrimina al autor que el trasfondo o pretexto novelesco no haya sido lo fundamental de la novela,⁶⁷ entonces el novelista aclara:

El problema de la protagonista de *Los dedos de la mano* es el problema de miles de niños sometidos a una tortura angustiosa que ha de llevarlos a una adultez descentrada. Puede que algunas de las circunstancias en la vida de Lucrecia sean distintas a las circunstancias en la vida de otros, pero el caso se repite por miles, millones en Puerto Rico, en el mundo entero. Ese caso tan repetido, que está aquí, en el seno del hogar; allí, en el hogar vecino, en todas partes, es el caso que interesó al novelista de *Los dedos de la mano*.⁶⁸

Laguerre conocía muy bien este mundo infantil, pues trabajó como maestro y principal en la escuela elemental, también en el Hogar Infantil de Puerto Rico. Está familiarizado, pues, con esta realidad psicológica que quiere plasmar en la obra. Pero en este trabajo sólo me interesa el mundo del tabaco.

El texto describe las luchas sindicales, de reivindicación social para los agricultores y obreros del tabaco. Dolores Soler, Juan Soler y Sandalio Villegas son las figuras centrales que realizan este trabajo. Estos personajes encarnan los puros ideales del Partido Socialista. En este pueblo del interior se destacan los agricultores, los despalladores y los que elaboran el tabaco. En este ambiente del cual reniega, nace y crece Lucrecia Madrigal:

¿Ella, Lucrecia Madrigal, colaborar con Juan Soler? ¡A quién se le ocurre! Náuseas le producían a Lucha el sudor y la peste a tabaco de los trabajadores de los despallados y la fábrica. Desde bien mozo la fue poco menos que sirvienta de estos hombres en la fonda de su madre y oyó los piropos más groseros y las risotadas más escandalosas. Pero sobre todo, ¡esa peste a sudor y a tabaco!, ¡ese modo cochino de sorber los alimentos!⁶⁹

José Soler comienza como “aprendiz de lector de fábrica” (29). Era muy común en las fábricas de tabaco que hubiese un lector cuyo objetivo era “entretener” a los obreros para que se concentraran en el trabajo. Se leían los periódicos del día y también novelas. De niño siempre me impresionaron estos lectores por el tono de voz y lo bien que leían. Solían sentarse en un pequeño estrado, desde el cual se divisaba todo el salón. Cada obrero trabajaba en su cubículo, contiguos unos a otros y se oían los comentarios en alta voz sobre

⁶⁷ *Asomante* (Número 3, julio-septiembre, 1952) 93-94.

⁶⁸ Enrique A. Laguerre. *Pulso de Puerto Rico* (Biblioteca de Autores Puertorriqueños: San Juan, 1956) 242.

⁶⁹ Enrique A. Laguerre. *Los dedos de la mano* (Editorial Cultural: Río Piedras, 1978) 12. En adelante citaré en el texto por esta edición.

determinada noticia o pasaje de la novela, y quienes estaban interesados en escuchar, los callaban, mientras el resto se reía. Luego Juan Soler se convierte en un modesto fabricante independiente de cigarros (143), hasta que se mete en política y sale electo. Don Puro Pasamonte y su socio, Mr. Stanley, representan la explotación de los obreros. Ellos acaparan tierras y también son los refaccionistas o acaparadores de tabaco y representan uno de los más graves problemas que se dramatiza en la novela para los agricultores.

El precio del tabaco en rama fluctuaba constantemente. A modo de ejemplo: En el año 1913-1914 el precio por libra era de 15.46 centavos, en el 1919-1920 fue de 52 centavos, en el 1932-1933 de 11.44 centavos y en el 1937-1938 de 11.81 centavos.⁷⁰ Todo dependía de dos factores primordiales: el mercado y la producción. El agricultor vende al refaccionista y éste a las grandes empresas tabacaleras norteamericanas. Según sea el precio del tabaco en el mercado internacional, se vende y luego se paga al agricultor. El precio de exportación es, pues, el factor determinante. El refaccionista vende por encima de lo que se le paga al agricultor. La diferencia entre lo que el acaparador compra y lo vende, también fluctúa; en 1920 fue de 40.5 centavos por libra, en 1926 de 28.6, en 1931 de 22.1 y en 1939 de 18.5 centavos.⁷¹

A mayor abastecimiento, más bajo el precio. Por tal razón, según el tabaco excedente de la cosecha anterior, los agricultores se ponían de acuerdo para sembrar más o menos, ya que esto les ayudaría a controlar la producción. Teniendo esto en mente podremos entender mejor los turbios negocios de don Puro Pasamonte, quien para Lucrecia, su mujer: “siempre se traducían en engaño para otros...” (151). Dice el texto:

Cuando la American Tobacco Co. y Pasamonte & Wilks anunciaron la caída de precios y la parcial suspensión de las refacciones a los pequeños agricultores, acercóse [Lucrecia] a su marido y le dijo:

—Yo no sé de negocios, pero piensa bien lo que vas a hacer.

Él confesó:

—Necesitamos sembrar nuestro propio tabaco, ¿entiendes? El mercado no está bien ahora y debemos aprovechar... No vayas a hablar esto con nadie.

⁷⁰ C.A. Figueroa. *Algunos problemas agrícolas de Puerto Rico y sus soluciones*, 7.

⁷¹ C.A. Figueroa. *Algunos problemas agrícolas de Puerto Rico y sus soluciones*, 9.

—Comprendo. Pero sé que mucha gente tiene todavía casi toda la cosecha del año pasado, en espera de mejores precios.

... ..

—¿Quién les manda a guardar su cosecha? Allá ellos.

—Tú les aconsejaste... (151)

Realmente a Lucrecia no le preocupaba la situación económica en que quedarían estos agricultores, sino el que éstos se levantaran contra su marido y, más aún, el que otros acaparadores se habían arruinado en sus negocios con la American Tobacco.

La situación en el mercado —según el mundo novelesco— era grave, habría que suspender “sin remedio” gran parte de las refacciones de tabaco y era necesario bajar todavía más el precio del mismo, lo cual repercutiría en los salarios de los obreros y la ruina de los pequeños y muchos de los medianos agricultores. Pero todo estaba arreglado con la American Tobacco, aunque Pasamonte & Wilks tuvieran problemas con los agricultores a quienes compraban sus cosechas: “No fue difícil ponerse de acuerdo para que todos los cosecheros de tabaco decidieran limitar notablemente los semilleros y las siembras con el fin de lograr mejores precios”. Sin embargo, Juan Soler alertó sobre el engaño, pero no le hicieron caso, entonces: “hubo menos semilleros, menos siembra, menos trabajos, precios pobres, desesperanzas. También se reducían los salarios” (151-154).

Y estalló la huelga y con ella la tala de los sembradíos y la guardia (154-158). Como los precios internacionales del tabaco eran muy bajos y la producción muy abundante, vino la debacle, al punto que varios cosecheros de tabaco se habían arruinado y “hasta la American Tobacco y Pasamonte & Wilks estaban a expensas de las fluctuaciones del mercado” (165). Se perdía mucho dinero invertido “en tabaco sin cortar, en talas criminales, en el tabaco almacenado sin tratamiento, en los frecuentes incendios” (166). Indirectamente el texto ha reseñado las luchas sostenidas por los agricultores para combatir el monopolio del tabaco. Es importante destacar, además, el que los tabacaleros desarrollaron una conciencia en ellos como fuerza laboral, lo cual, en gran medida, se les debe a los miembros del Partido Socialista.

La situación se conjuró cuando se armonizaron las partes para salvar la industria, por eso se nos describe que:

Logróse, por fin, un convenio entre patronos y obreros y pequeños agricultores para terminar un conflicto que amenazaba a destruir la industria del tabaco. Sobre todo era urgente limitar, de manera

efectiva, las siembras del próximo año para mantener precios razonables y evitar de ese modo la ruina de los pequeños agricultores. (173)

Sin embargo, Pasamonte & Wilks sembraron mucho tabaco, pese a lo acordado con los pequeños agricultores, ya que tenían como objetivo obtener más ganancias. Pero varios de los grandes cosecheros habían hecho lo mismo; sólo los pequeños agricultores lo habían cumplido. La consecuencia fue otra huelga y la violencia de éstos, quienes se lanzan de nuevo a quemar las cosechas de los acaparadores y con ello la ruina de Pasamonte (179-183).

Conjuntamente con el trasmundo del tabaco, la novela presenta el desarrollo de la conciencia obrera en la Isla, así como las luchas sostenidas por el Partido Socialista que escenifican el auge que adquirió en su tiempo, pero también su decadencia con la coalición sostenida con los republicanos y la inclinación de algunos de sus miembros a defender el capital en contra de los obreros.⁷² Queda patentizada, pues, la lucha entre agricultores y obreros de la industria tabacalera y el capital que busca su propio beneficio en perjuicio de ellos; asimismo se dramatiza el desarrollo del Partido Socialista, el cual contribuyó a la toma de conciencia de la clase trabajadora puertorriqueña.

Palabras finales

Nuestra sociedad tecnológica, atestada de carros, edificios, contaminación y brea, en cierto sentido, es una rémora para entender los problemas agrícolas y sociales que estas tres novelas laguerrianas presentan. Ellas constituyen el testimonio de un momento determinado, un jirón existencial en el devenir histórico social puertorriqueño. Como indica Nilita Vientós, estos relatos nos sirven mejor que los textos históricos para aprehender las realidades sociales que se vivían en el Puerto Rico de entonces.

Ficción y realidad se conjugan en el texto novelesco para mostrar el mundo desgarrador en el cual nuestros jíbaros sufrían la explotación del capital absentista. La Isla se había convertido en un vasto cañaveral donde el agricultor trataba de sobrevivir y luchaba por su reivindicación social. En cierta manera estas novelas se han convertido en una especie de homenaje a estos hombres de campo,

⁷² B. Pagán. *Historia de los partidos políticos puertorriqueños (1898-1956)* I, 218-247, 306-313; R.B. Bothwell. *Puerto Rico: Cien años de lucha política (Programas y Manifiestos 1869-1952)* I-I, 519-548, 579-594.

pues Laguerre supo captar en ellos la idiosincrasia del puertorriqueño del primer tercio del presente siglo, sus valores, creencias, aspiraciones y frustraciones.

La caña, el café y el tabaco fueron las riquezas de antaño y en torno a ellas se desarrolló la conciencia nacional, particularmente con el café, en cuyas haciendas se cuajaron los fundamentos liberales del Puerto Rico decimonónico. La toma de conciencia fue desarrollándose en forma gradual hasta que cuaja en el criollo, principal poseedor de las pequeñas haciendas cafetaleras. La lucha fue más allá de un determinado producto agrícola, lo de aquí frente a lo extranjero generó la simbiosis del café con la puertorriqueñidad.

A la vez que Laguerre ha presentado la cruda realidad social vivida por los puertorriqueños, ha hecho afirmación de puertorriqueñidad. Esto se debe a que reiteradamente ha insistido en lo que debe ser el imperativo categórico del escritor puertorriqueño: resaltar la conciencia nacional en su obra, sin nacionalismo aberrante, ya que a fin de cuentas las experiencias vitales de cada país se encuentran inmersas en las del ser humano y le dan validez universal al quehacer literario.

Hay, pues, una valoración axiológica de lo puertorriqueño. Precisamente por esto, aún cuando se novela un mundo extinto, estas obras no han perdido vigencia, porque en ellas ha quedado plasmado el sentir y el vivir de un pueblo que lucha por ser y querer realizarse.

Roberto Fernández Villedor
Departamento de Estudios Hispánicos
Recinto Universitario de Mayagüez